

---

—FIRMA INVITADA—

---

# Las manos del dictador

---

**Ricardo Pérez Hernández**

ESCRITOR

---

Acaba uno por acostumbrarse. Al principio es duro, pero te aseguro que te acostumbras. Aunque llevas razón, a primera vez sí. La primera vez vomité como nunca y estuve horas mareado y sudoroso. Debí haber pensado menos en ello. Pero bueno, era mi primera vez y, por lo que he visto después en otros, pasé por lo normal, el remordimiento de conciencia.

Luego la cosa cambia. Uno se va endureciendo y creo que ya no se piensa. Sólo haces, sólo cumples lo que te dicen, con tu deber. Al principio, lo peor es el tiempo previo y los pensamientos que conlleva. Ahí está el error, en pensar

por anticipado. Así que nos reunimos antes de la hora, tomamos unos vasos, compartimos el tabaco y pasamos entre risas y anécdotas jocosas el tiempo restante. Lo peor dura así apenas unos minutos y, si me apuras, se reduce a los segundos de actuación.

He mecanizado gran parte del proceso. Ahora limpio y engraso las piezas la noche anterior. Ajusto la bandolera, compruebo cada resorte, repaso mis utensilios. Tienen tan poco sentido si los miras extendidos sobre una manta... Del otro modo, juntos entre manos certeras, son poderosos e irreversibles.

Hoy hay tres. Ya están dispuestos al fondo del patio. Encapuchados con las manos a la espalda, junto a la pared mellada. El sacerdote acaba de retirarse. Pelotón; carguen, apunten, fuego. Tacatá. Terminado. Así de breve. Así

de fácil. Unos segundos más tarde ya no hay vida en esos tres cuerpos caídos al fondo el patio. Procuramos acertar en la cabeza. Que sea rápido al menos. Todo va bien si no piensas en nada hasta el momento de oír "Pelotón; carguen, apunten, fuego". Luego es cuestión de mover un dedo. Sólo una vez. Tacatá. Y hemos terminado por hoy.

Los cuerpos caen desplomados de inmediato.

Duran instantes los últimos estertores.

El médico realiza sus comprobaciones y el sacerdote reza el último responso. En unas horas estarán sepultados en la fosa colectiva.

La muerte es un proceso mucho más breve de lo que parece.

El jefe de pelotón se retira con nosotros mientras los oficiales firman el acta que da fe de lo ocu-

rrido, tal como dispone Su Excelencia.

Tengo la cabeza y las manos frías. Siempre se me quedan las manos frías después de fusilar. Ahora iremos a la cantina a sacarnos con unos vasos el mal sabor de boca. Siempre queda un regusto amargo después de fusilar. Tal vez porque el pelotón conoce que no son sacos de arena nuestros objetivos. Después de un fusilamiento suele haber dos días de permiso, así que quizá vayamos a ver los toros.

Todos hemos disparado pero ninguno de nosotros tiene la sensación de sangre ajena en las manos. Con discreción, cuando estamos solos y a resguardo de oídos indiscretos, hablamos de la mano que firma. La mano de Su Excelencia es la que gotea sangre.

Pero ninguna sentencia llega manchada.

---

**“Los cuerpos caen desplomados de inmediato. La muerte es un proceso mucho más breve de lo que parece”**

---